

ALIANZAS REVOLUCIONARIAS DEL SIGLO XX EN BOLIVIA: ENTRE LA COALICIÓN Y LA RUPTURA

Kevin F. Young*

Resumen:

Para comprender la historia política boliviana hay que analizar los pactos y las rupturas entre los sectores oprimidos del país. El presente análisis traza algunos intentos por construir alianzas obrero-campesinas e inter-étnicas entre los años veinte y los años sesenta del siglo XX, señalando tanto los éxitos como los fracasos. Aunque se vieron coaliciones populares importantes en distintos momentos, por ejemplo Chayanta en 1927 y La Paz en 1947, eran más comunes los desencuentros y decepciones. El fracaso de la alianza obrero-campesina llegó a su punto más infortunado en el Pacto Militar-Campesino de los años sesenta y setenta, lo que significó el retroceso definitivo de las posibilidades radicales de la Revolución Nacional de 1952. Tras señalar una serie de momentos clave, planteo la hipótesis de que esta particular trayectoria responde tanto a factores humanos como a condiciones estructurales. Si bien los cambios estructurales ocurridos después de 1952 –en particular la parcelación de la tierra y el control de la clase media sobre el Estado– dificultaron la alianza obrero-campesina, la ruptura entre obreros y campesinos no era inevitable. Más bien, resalto cómo el pensamiento y las estrategias de la izquierda, el manejo estatal y otras variables importantes fueron determinantes para este curso de acción.

Descriptores: Alianza obrero-campesina, Revolución de 1952, Pacto Militar-Campesino, Izquierda boliviana.

REVOLUTIONARY ALLIANCES IN 20TH-CENTURY BOLIVIA: BETWEEN COALITION AND RUPTURE

Summary:

Understanding Bolivian political history requires scrutiny of the pacts and ruptures among oppressed sectors of the country. This article examines several attempts to build worker-peasant alliances across ethnic lines between the 1920s and 1960s, highlighting both successes and failures. Although impressive popular coalitions took form at times (for instance, Chayanta in 1927 and La Paz in 1947), distrust and disappointment were more common. The failure of the worker-peasant alliance reached its most tragic expression in the Military-Peasant Pact of the 1960s and 1970s, which signified the definitive decline of the radical possibilities of the 1952 National Revolution. After reviewing a series of key moments, I hypothesize that the variation within this history reflects human factors as much as structural ones. While a worker-peasant alliance indeed became more difficult after 1952 due to structural changes – namely, the parceling out of land and middle-class control of the State – the rupture between workers and peasants was not inevitable. Other important variables included the thought and strategies of the left as well as those of state policymakers.

Key Words: Worker-peasant Alliance, 1952 revolution, Military-Peasant Pact, Bolivian left.

* Profesor de Historia en la Universidad de Massachusetts Amherst, Estados Unidos. Es autor del libro *Blood of the Earth: Resource Nationalism, Revolution, and Empire in Bolivia*, publicado por University of Texas Press en 2017. kyoungorama@gmail.com; kyoung1984@gmail.com

Introducción

Las revoluciones son hechas por alianzas de distintas clases y sectores sociales. Lo mismo se puede decir de las olas de reacción, las cuales normalmente se sustentan en el apoyo de varios sectores y no sólo de la élite. Para comprender la historia moderna de un país como Bolivia, es imprescindible analizar los pactos y las rupturas entre los distintos sectores de la población. Tales procesos responden a una amplia gama de factores económicos, políticos y socioculturales que incluyen tanto condiciones estructurales como humanas.

Para generaciones de revolucionarios, la clave política de la revolución ha sido la alianza obrero-campesina. Se postula que los obreros y los campesinos, como los sectores más explotados de la sociedad moderna, son aliados naturales. Pero la pregunta surge: ¿cómo construir esa alianza? En otras palabras, ¿cómo construir solidaridad entre los diversos sectores e identidades —étnicas, regionales, de género, etcétera— que existen dentro de los sectores oprimidos en una “sociedad abigarrada” como la boliviana?¹ Una estrategia para responder a estas preguntas es investigar históricamente los intentos de construir tales alianzas. En Bolivia, esa historia abarca muchos fracasos y oportunidades perdidas, pero también éxitos notables.

Sin embargo, no hay una sistematización de los estudios empíricos, la que sería necesaria para construir una teoría de las alianzas y las rupturas entre sectores populares. Con pocas excepciones (por ejemplo, Harris & Albó, 1984; Hylton, 2003), la historiografía política y social

del siglo XX no ha priorizado este tema. Muchos académicos lo tratan, pero no ofrecen una investigación suficientemente detallada. Aunque el presente análisis no llenará este vacío, mi propósito consiste en trazar momentos clave del proceso histórico en cuestión, ofreciendo una hipótesis preliminar que dé cuenta de la problemática. Basado en esos ejemplos paradigmáticos, sostengo que la elusiva alianza obrero-campesina depende en gran medida de factores ideológicos y decisiones estratégicas tomadas por los actores involucrados, así como de factores más estructurales.

Colaboraciones prohibidas: radicales urbanos, campesinos e indígenas antes del 1952

“¿Bolivia y Perú se convertirán en repúblicas indias bajo la instigación comunista?”. Con esta pregunta, el periódico conservador *Los Tiempos* interpeló a la audiencia cochabambina en 1949 (“¿Bolivia y Perú?”, 1949). En las dos décadas que precedieron, *Los Tiempos* y otros diarios de la élite boliviana —liderados por *La Razón* en La Paz— habían advertido en repetidas ocasiones sobre la subversión en el campo, culpando principalmente a “los agitadores” de la ciudad, puesto que, naturalmente, los *indios* no tenían la capacidad de sublevarse por cuenta propia. Los levantamientos rurales de la primera mitad de 1947 serían la ocasión de mayor preocupación, dando lugar a una cadena de denuncias históricas.²

No sorprende que los periódicos dominantes narraran los levantamientos de esta manera. Sin embargo, a pesar de sus obvios sesgos, los

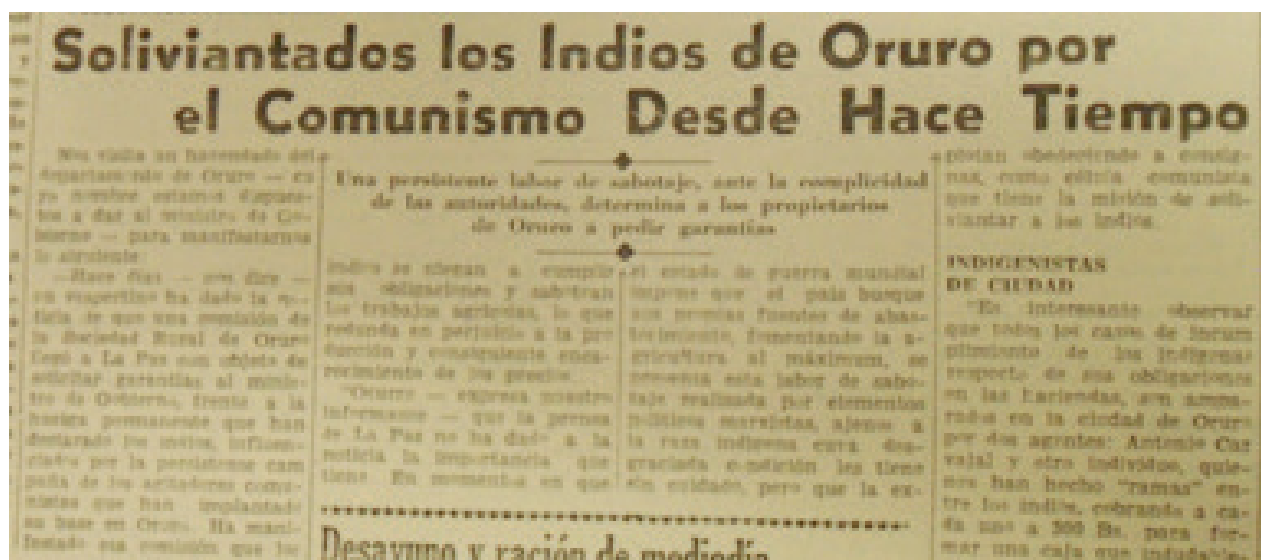


Imagen 1: “Soliviantados los indios de Oruro por el comunismo desde hace tiempo” (1942, 29 de julio). *La Calle*, p. 4. En esta denuncia, un hacendado de Oruro acusa a “elementos políticos marxistas” de apoyar a “la huelga permanente que han declarado los indios” de su hacienda.

reportajes contenían un poco de verdad, pues sí hubo lazos reales entre agitadores de ciudad y campo, constituyendo un verdadero peligro para los gamonales y potencialmente para la clase dominante de la ciudad. Las alianzas entre estos sectores, antes y después de la Guerra del Chaco (1932-1935), fueron algo novedoso en la historia republicana, dado que se basaron en el entendimiento y respeto mutuos. Aunque los criollos habían pretendido en ciertos momentos anteriores forjar pactos con los indígenas, esos pactos respondían a motivos más cínicos e instrumentales.³ Lo novedoso de los pactos que surgieron a partir de los años veinte consistía en su grado considerable de liderazgo genuinamente compartido. Si bien la izquierda urbana no superó todos los prejuicios que hasta entonces existían sobre el indio y la civilización, el cambio cualitativo fue considerable.

Muchos historiadores han abordado el surgimiento de oposiciones políticas en la posguerra, pero es importante resaltar que ya había una efervescencia popular notable en la década anterior. Para mediados de los años veinte, ya había avances en la colaboración entre las ciudades y el campo. En La Paz, Chuquisaca y Potosí había contactos frecuentes entre urbanos radicales y comunidades de indígenas (“comunarios”) en el campo. El conocido cacique apoderado Santos Marka T’ula tenía una relación estrecha con ciertos anarquistas de La Paz, entre ellos el mecánico Luis Cusicanqui. Los urbanos apoyaban a los comunarios con asistencia legal en sus luchas contra los gamonales del altiplano y con alojamiento y otros aspectos logísticos cuando los campesinos venían a la ciudad (Rivera, 1988; Rodríguez, 2012). Sucre era el sitio de la Escuela Ferrer, establecida por socialistas urbanos en 1922. La Escuela jugó un papel importante en la coordinación de redes de comunarios e intelectuales radicales, alianza que facilitó la famosa revuelta en Chayanta en 1927. En los años anteriores a la revuelta, el derecho a una educación emancipadora “conformó un puente” entre urbanos y comunarios, el cual facilitó la solidaridad mutua (Hylton, 2003, p. 161).⁴

Entre los factores que posibilitaron estas alianzas, se pueden citar no sólo la proximidad geográfica sino también la visión democrática y respetuosa de ambos lados, relativamente desprovista del vanguardismo paternalista y del obrerismo que han caracterizado a muchos personajes de izquierda urbanos. El socialista Víctor Vargas Vilaseca, de la Escuela Ferrer,

declaró en el Congreso Obrero de 1927 que “la liberación del indio será obra de él mismo; así como la redención de los obreros será obra de ellos mismos”.⁵ De manera similar, los anarquistas que integrarían la Federación Obrera Local (FOL) en 1927 rechazaban el paternalismo. Luis Cusicanqui, quien se identificaba orgullosamente como indígena, denunciaba en 1929 tanto la opresión étnica como la de clase, y exhortó a sus “hermanos INDIOS” a que se levantaran contra la nefasta orden de explotación —hecho por el cual fue encarcelado—.⁶ El pensamiento de la FOL sería un factor importante en la conformación de alianzas en el campo veinte años después, como se discutirá más adelante.

Aunque la Guerra del Chaco aplastó temporalmente la movilización popular, su conclusión en 1935 dio lugar a una ola de organización y agitación. En aquel momento, porciones importantes del movimiento obrero empezaron a prestar más atención al campo. Diversas federaciones obreras recién establecidas condenaron al “explotador del trabajo del obrero y del indio”, y abogaron por “la alianza entre obreros y campesinos” (citadas en Antezana & Romero, 1973, pp. 72, 87). Algunos tomaron la decisión de apoyar la sindicalización de colonos en las haciendas, mientras que las huelgas de brazos caídos que empezaron a fines de la década muchas veces contaron con la solidaridad de trabajadores urbanos (Gotkowitz, 2011). En estos años, la famosa escuela indígena en Warisata también fue un sitio clave de colaboración entre comunarios e izquierdistas urbanos (Salazar, 1983).

Una indicación de la importancia de estos nuevos lazos se aprecia en la reacción del estrato dominante de la sociedad. Los grandes terratenientes resistieron con ferocidad cualquier esfuerzo por educar u organizar a los indígenas en el campo. La educación rural fue el blanco de numerosos ataques. La Sociedad Rural Boliviana renegaba de que los educadores urbanos hubieran “inculcado en el indio odios artificiales contra el derecho de propiedad, desviándole de la agricultura” (“Se ha inculcado”, 1940). Incluso se acudió al asesinato de profesores para frenar el progreso de la escuela en Warisata (“Gamonales bárbaros”, 1939; “El sangriento atentado”, 1939). Muy pronto, los gobiernos tratarían de criminalizar la colaboración entre urbanos y campesinos. En 1938, el presidente Germán Busch emitió un decreto supremo que prohibía “toda acción

y difusión, [fuera] oral, escrita o gráfica, de carácter comunista, anarquista, bolchevique y, en general, de tendencias [sic] social extremista”, mencionando específicamente el predicar a “la clase indígena” como uno de los delitos castigables.⁷ Otro decreto, que fue emitido por el presidente Enrique Peñaranda en 1943, notaba con alarma que muchos grupos obreros mostraran interés en el campo, y declaraba que “no pueden inmiscuirse en actividades campesinas los sindicatos obreros” (“No pueden inmiscuirse”, 1943).

Sin embargo, el Estado no se mostró capaz de impedir toda comunicación entre ciudad y campo, como quedó claro con la ola subversiva de 1946 y 1947, durante la cual se dio el apogeo de esa colaboración.

Una sublevación total: la alianza anarquista de 1947

A fines de mayo de 1947, el subprefecto de la provincia Los Andes, al noroeste de la ciudad de La Paz, emitió un telegrama en el que alertaba:

Desde el mes de Enero p.p. se viene atravesando [sic] una serie de dificultades en toda la Provincia Los Andes, en virtud de encontrarse toda la indiada en actitud de subversión, amenazando continuamente desencadenar sobre la totalidad del altiplano para luego ingresar hasta la ciudad de La Paz, una sublevación total hasta destruir todos los pueblos especialmente de esta Provincia para luego repartirse las tierras de las Haciendas y nombrar ellos sus autoridades.

El autor afirmaba, además, tener “pruebas” de que habían “actuado los merituados indígenas sublevados en directo contacto [con] los elementos que la forman la Federación Obrera Local”, esto es, la organización anarquista de la ciudad de La Paz.⁸

El documento es valioso no sólo por dar cuenta del temor de la élite en medio de un ciclo de huelgas y ataques en las haciendas altiplánicas y cochabambinas, sino también como un reflejo de la anatomía de la rebelión misma. Los documentos coloniales, a pesar de sus evidentes sesgos, pueden ofrecer pistas importantes sobre la resistencia popular (Guha, 1999). En este caso, el subprefecto resaltaba con razón el “directo contacto” que existía entre los artesanos urbanos de la FOL y los colonos indígenas de Los Andes. Un año antes, en mayo de 1946, los folistas –en presencia del cacique apoderado

Marcelino Llanque– habían tomado la decisión de enfocar sus esfuerzos en la sindicalización del campo. En agosto de 1946, el folista Modesto Escóbar empezó una gira por el campo paceño para apoyar la sindicalización, ayudado por su fluidez en el idioma aymara. En diciembre de ese año, la FOL y su contraparte rural, la Federación Agraria Departamental (FAD), firmaron un pacto formal basado ideológicamente en el socialismo libertario y, concretamente, en las reivindicaciones inmediatas de derechos sindicales, la abolición del trabajo forzoso y la construcción de escuelas.⁹ Para mayo de 1947, la FAD incluía al menos 20 sindicatos en las provincias Los Andes y Pacajes, con unos veinte mil miembros en total, mientras que con la FOL habían establecido entre cincuenta y cien escuelas.¹⁰

Los detalles de los sucesos violentos de la primera mitad de 1947 no están muy claros. Sabemos que en La Paz y Cochabamba hubo varios ataques contra los hacendados y sus familiares y otra parte del personal. Tanto comunarios como colonos participaron, aunque los motivos en cada caso no son completamente claros: se supone que un motivo fue la ira popular contra los abusos de los propietarios, pero es posible que la rivalidad entre hacendados también instigara a la violencia (Gotkowitz, 2011; Rivera, 2003). Algunos ataques ocurrieron cerca de bases de la FAD en Pacajes y Los Andes, pero la organización negó haber tenido papel directo alguno. De todos modos, la respuesta estatal fue contundente, desencadenando una represión bestial contra la FAD y la FOL. El gobierno allanó la sede folista en La Paz, detuvo entre mil y dos mil campesinos, mandó a torturar a los líderes de la FAD, y luego llevó decenas de organizadores de la FAD a la cárcel tropical de Ichilo en Santa Cruz, donde al menos treinta de ellos murieron, según narraron los sobrevivientes.¹¹ Lo que queda muy claro es que las autoridades se aprovecharon de los actos de violencia –relativamente escasos e infrecuentes, con no más de un puñado de víctimas– para reprimir a la subversión, matando en el proceso a decenas de personas.

El aspecto más amenazante de la subversión no fueron los pocos actos de violencia, sino la organización masiva de un campesinado que cuestionaba frontalmente las jerarquías sociales y económicas en el campo, y que contaba con aliados urbanos radicales. El historiador trotskista Guillermo Lora, aunque no muy amigo



Imagen 2: Se organizará proceso contra los agitadores de los campesinos. (1947, 27 de mayo). *La Razón*, p. 4. Uno de los muchos artículos de prensa que culpaban a la FOL por las sublevaciones de 1947.

del anarquismo, relató la presencia de miles de campesinos de la FAD marchando en La Paz junto a los urbanos el 1ro de mayo de 1947: “Este hecho constituyó una novedad. Desde este momento las autoridades decidieron poner fin a las actividades anarquistas en el campo” (1970, p. 98).

¿Cómo, entonces, explicar esa alianza? Entre los factores facilitadores, uno sin duda fue el pensamiento político y la estructura organizativa de la FOL. A diferencia de algunos grupos marxistas, la FOL abogaba una concepción libertaria del socialismo que ponía énfasis tanto en la “autonomía de la última aldea y del último ciudadano” como en la eliminación de la explotación económica.¹² En términos prácticos, esta concepción los llevaba a establecer una estructura federalista que respetaba la autonomía de decisión de sus federaciones integrantes, a saber, la Federación Obrera Femenina, fundada en 1927, y la FAD a partir de 1946 (Dibbits, Peredo Beltrán & Volgger, 1986). Rechazaban las concepciones vanguardistas y obreristas que guiaban a muchos grupos marxistas, y también se mostraron más sensibles a la opresión étnica que sufría el indígena; con su oposición a diversas jerarquías, dieron otro significado a la frase “subversión total”, de la cual escribió el subprefecto de Los Andes. Sus denuncias de los “grandes mistes [mestizos] del Estado” y su énfasis en la autonomía coincidían en gran parte con los reclamos de los comunarios y colonos.¹³

Aunque la visión folista fuera propicia para el desarrollo de la alianza, sin la acción anterior de los propios campesinos tal alianza nunca se

hubiera establecido. Hay que destacar la larga historia de movilizaciones indígenas en las provincias de La Paz, incluso en Los Andes y Pacajes, donde se dio la alianza de 1946 (Arze, 1987; Gotkowitz, 2011; Rivera, 2003). En años recientes, las comunidades y los colonos altiplánicos habían resistido con cierto éxito el reclutamiento militar durante el Chaco, y se habían organizado redes para reclamar sus derechos a la tierra, la autonomía, los derechos laborales y la educación. En algunos casos, hay evidencias de la conformación de sindicatos rurales antes de la decisión de apoyar la sindicalización que asumió la FOL en 1946.¹⁴ Una vez firmado el pacto con la FOL, los indígenas de la FAD ejercían una marcada influencia sobre el discurso y los reclamos de la alianza. En un manifiesto, la FAD denunciaba que “cuando venimos a la ciudad, todos tienen derecho a ultrajarnos: la chola, el miste, el gendarme, los ricos y hasta los mismos indios envenenados con la moral capitalista; todos se estrellan contra los yayas”.¹⁵ En otro enfatizaban la identidad indígena de su organización, la cual le otorgaba un derecho especial de reclamar: “sólo la [FAD], organización compuesta por INDIOS [sic], podía comprender las esperanzas y sueños rebeldes y justos de su clase tanto tiempo esclavizada por el látigo del gamonal, la metralla de la soldadesca gubernista [sic] y la hostia insípida de los frailes-negociantes” (“Ante el 1° de mayo”, 1948).

Un tercer factor importante en la articulación de los lazos entre la FAD y la FOL fue el trabajo de una serie de “corredores” que servían de puentes

entre ciudad y campo. Estos individuos puentes eran dotados de características, capacidades y una ubicación estructural que les permitía generar confianza entre personas por cada lado de la brecha. Figuras importantes, que ya he mencionado, como Luis Cusicanqui y Modesto Escóbar por el lado urbano, y Santos Marka T'ula y Marcelino Llanque por el lado rural, desempeñaban este papel. Cusicanqui y Escóbar eran bilingües, y se supone que tenían cierta libertad de movimiento debido

con otro motivo y, seguramente allí comenzaban a hablar...".¹⁶

Estos factores —la visión y la estructura folistas, las redes de liderazgo rural y la presencia de corredores— permitieron que los integrantes de la alianza aprovecharan la oportunidad que se abrió con el régimen de Gualberto Villarroel (de 1943 al 21 de julio de 1946). Aunque la FAD y la FOL no apoyaran a Villarroel —e incluso algunos anarquistas hasta colaboraran en su derrota—, hubo cierto relajamiento del control estatal en el



Imagen 3: Fue ratificado en Cochabamba pacto entre Fuerzas Armadas y campesinos. (1966, 28 de noviembre). *El Diario*, p. 2. Una reafirmación del Pacto Militar-Campesino.

a su trabajo como artesanos independientes. Sabemos menos de los corredores de origen rural, muchos anónimos, pero los comentarios del viejo folista José Clavijo nos dan unas pistas. En una entrevista en 1986, Clavijo resaltaba la importancia de los circuitos de migración y recordaba que los migrantes en ciertos oficios estaban “más vinculados al campo”. Para él, “[l]os sombrereros [y] los panaderos [,] también de origen campesino, [llevaban a cabo] oficios livianos que se [aprendían] prácticamente... De ahí comenzaron a tener orientación de la prédica de la FOL y, se iban a visitar a sus familiares, o

campo en 1945 y 1946, coincidiendo con el periodo posterior al Congreso Indígena patrocinado por el gobierno en 1945. Los organizadores utilizaron ese contexto favorable para reforzar su proyecto en el campo.¹⁷ El escenario rural les era aún más propicio en ese momento, puesto que los demás grupos de izquierda aparentemente no se interesaban mucho por la organización en el campo, mientras que la presencia del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) en el campo era todavía escasa.

En suma, el apogeo de la colaboración interétnica radical antes de 1952 se debió a las características

internas de los grupos subversivos, así como al contexto político exterior y la hábil lectura de ello por parte de los organizadores.¹⁸

Otro tipo de alianza: de la revolución de 1952 al Pacto Militar Campesino

Con la Revolución de 1952, se inaugura una época cualitativamente distinta, con consecuencias profundas tanto para la izquierda como para el escenario político nacional. La ascendencia del MNR durante el sexenio 1946-1952 coincidía con el descenso de las fuerzas radicales que habían protagonizado las movilizaciones rurales de años anteriores. La represión estatal y gamonal que sufrieron la FAD y la FOL en 1947 y 1948 prácticamente las eliminó. El Partido de la Izquierda Revolucionaria, que había colaborado con varios congresos indígenas en la primera mitad de los años cuarenta, se desprestigió con su apoyo directo a los regímenes represivos del sexenio.¹⁹ Después de la Guerra Civil de 1949, el MNR fue ganando más apoyo popular en el campo (Rivera, 2003), lo que se debió en gran parte a la destrucción virtual de la FAD y a la asociación del partido con el mártir Villarroel (ya que el MNR había gobernado junto a él). Además, el MNR gozaba de ciertas ventajas que no tenían las fuerzas más radicales, en el sentido de que pudo ganar el apoyo de la clase media y hasta de algunos capitalistas, así como el de las clases obrera y campesina, al formular un programa populista suficientemente general que sólo denunciaba a los barones del estaño y a un imperialismo ambiguamente definido (Antezana, 1983; Mayorga, 1993; Young, 2017).

Después del triunfo de 1952, el MNR logró establecer las bases de una alianza del campesinado con el Estado reformista. Aunque la Reforma Agraria de 1953 fuera producto en gran parte de las presiones de base, el hecho de que el MNR pudiera presidirla ayudó a que el partido restara el apoyo campesino a sus rivales políticos, entre ellos el Partido Obrero Revolucionario (POR) y los anarquistas de la FOL (la cual desapareció definitivamente en ese mismo momento). Dado que la clase media ya era para entonces la fuerza dominante dentro del partido, se evitó la consolidación de una alianza alternativa entre obreros y campesinos.²⁰ Pese a que el POR tuvo cierta participación en la agitación agraria de esos primeros años (John, 2009), no pudo superar la represión de sus militantes ni el control movimientista de las riendas estatales, y nunca ganó un apoyo amplio

en el campo. La alianza campesino-estatal se mantenía después del abandono de la clase obrera por parte del gobierno, fractura que se profundizó en los años posteriores a 1956 con la imposición del programa de “estabilización” y austeridad (Young, 2017). De ahí en adelante, las milicias campesinas sirvieron de fuerza de choque en la represión gubernamental a los mineros y otros sectores obreros en repetidas ocasiones.

El hecho más sorprendente de los años sesenta y setenta fue sin lugar a dudas el Pacto Militar-Campesino (PMC). El PMC fue un fenómeno muy complejo que aún queda por explicar adecuadamente, si bien hay varios estudios valiosos que abordan el tema (Calderón & Dandler, 1984a; Gordillo, 2000; Rivera, 1983; Soto, 1994). Aparte de las interpretaciones superficiales que culpan la supuesta irracionalidad campesina,²¹ quizás la explicación más común enfatiza el cambio estructural del campesinado después de 1953. Es decir, al convertir al campesino sin tierra en un parcelario pequeño burgués, la Reforma Agraria aseguró su conservadurismo político (Lora, 1983; Zavaleta, 1979).

Sin negar la parcial validez de esta interpretación materialista, quisiera plantear la hipótesis de que la base fundamental del PMC fue un lazo sociocultural e ideológico entre el campesinado y las Fuerzas Armadas, lo cual no se puede reducir a una superestructura. La identificación campesina con el ejército surge en los treinta y cuarentas con el martirio del mayor Villarroel, fortaleciendo su imagen como protector nacionalista de los intereses del campesinado (Dandler & Torrico, 1987). Una vez instalado en el poder, el MNR reforzó esta asociación al promover la construcción de un nuevo “Ejército popular” que priorizara el reclutamiento campesino (Siles, 1958, p. 91).²² Los oficiales de las Fuerzas Armadas aprovecharon esta apertura, insertándose en los conflictos entre campesinos en el Valle Alto de Cochabamba a fines de la década. Esta intervención les permitiría posicionarse como una fuerza mediadora, honesta y patriótica frente al caos (Gordillo, 2000; Soto, 1994). Los programas de Acción Cívica a inicios de los años sesenta, los cuales fueron subvencionados por el gobierno norteamericano, tuvieron el propósito de consolidar aún más la identificación campesina con el ejército, tarea que al parecer gozó de cierto éxito (Soto, 1994; Field, 2016).

El PMC no fue sólo una manipulación (aunque

seguramente lo fue parcialmente). Como plantea Soto (1994), se trató en realidad de un pacto basado en la reciprocidad, por asimétrica que fuera. Hasta los campesinos más leales al pacto exigían que las FF.AA. cumplieran con ciertas obligaciones, y había parámetros que los militares no podían transgredir. El régimen militar de René Barrientos (1964 a 1969) contaba con un apoyo campesino fuerte, siempre y cuando obedeciera la economía moral del campesinado. Después de la Reforma Agraria, esa economía moral giraba alrededor de dos reclamos. Primero, la capacidad de mantener su tierra y hacerla viable económicamente fue una preocupación constante, motivando no sólo las peticiones de herramientas agrícolas al gobierno, sino también la resistencia popular al Impuesto Único Agropecuario que Barrientos impuso en 1968, así como la resistencia a las lesivas medidas económicas bajo el general Banzer en 1972 y 1974 –las cuales generaron las manifestaciones que terminaron con la Masacre de Tolata y la eventual quiebra del PMC (Soto, 1994)–. Segundo, el acceso a los servicios públicos fue el motivo de numerosas peticiones campesinas antes y durante la época del PMC. El derecho a la educación, en particular, ocupaba un lugar central en el imaginario campesino.²³

Entre las diversas raíces del Pacto Militar-Campesino, cabe mencionar también los errores de la propia izquierda. Marxistas y anarquistas que colaboraron con las movilizaciones indígenas en Chayanta en 1927 y en el altiplano paceño en 1947 fueron la excepción. Más común era la arrogancia y hasta el racismo entre la izquierda urbana, y estos problemas no se disminuyeron sino que se intensificaron después de 1952. Una razón que explica tal arrogancia eran las concepciones obreristas de la revolución. Los dirigentes de la Central Obrera Boliviana establecida en 1952 justificaban la baja representación campesina en la entidad al sostener que el proletariado era “el caudillo natural de la Revolución” y la “fuerza motriz” del cambio (COB, 1954, p. 10). En la planificación y conducción de la Asamblea Popular de 1971, según Calderón y Dandler (1984b), “se observa la persistencia en la propia Central Obrera Boliviana y en los partidos de izquierda representados en la Asamblea del Pueblo, una ideología obrerista que excluía al campesinado como fuerza revolucionaria” (p. 41). Entonces, aunque se mencionaba por parte de la izquierda la meta de la alianza obrero-campesina, en la práctica había poca voluntad política real. Con

un fuerte resentimiento, algunos campesinos expresaban su frustración con la prepotencia de la izquierda urbana. En una entrevista realizada por dos antropólogos antes del fin del PMC, un dirigente campesino señaló: “Los mineros hablan mucho de ayudarnos a nosotros, y de la lucha común; pero después salen a la calle, llaman a un campesino para hacer cargar sus bultos y le pagan un pancito” (citado en Harris & Albó, 1984, p. 109). Sin lugar a dudas, la izquierda boliviana se enfrentaba con muchas desventajas después de 1952: el capitalismo y el imperialismo eran enemigos formidables, y el ascenso del MNR le restaba mucho apoyo potencial. Pero la falta de una visión liberadora amplia e incluyente, en la cual cupieran las voces indígenas y campesinas –sin hablar de otras voces excluidas históricamente– también jugó un papel fundamental en sus derrotas.

Conclusión: Hacia una interpretación de la coalición y la ruptura

La historia nos indica que la alianza obrero-campesina, al igual que la interétnica, no es imposible de lograr. Las fronteras étnicas, culturales y geográficas no son insuperables. Si bien el patrón histórico dominante ha sido el desencuentro, hay un creciente número de estudios de caso –de Bolivia y otros países– que revelan el logro de una colaboración eficaz, al menos por algunos periodos (Becker, 2008; Carr, 1998; Coronel, 2011; Gould & Lauria-Santiago, 2008; Hylton, 2003). Por lo anterior, siguiendo a Hylton y Thomson (2007), es muy importante estudiar con más cuidado los “momentos poco frecuentes de la convergencia” (p. 10).

No aspiro a ofrecer una teoría general de la coalición y la ruptura, pero a manera de conclusión quiero notar dos patrones que se identifican en la evidencia expuesta. Primero, tanto en las alianzas populares como en las fracturas, he puesto énfasis en el imaginario y el accionar de los propios actores populares. Mucho depende del carácter de las izquierdas, las cuales están marcadas por su diversidad. En los años veinte y cuarenta, las alianzas populares tuvieron mayor éxito cuando la izquierda urbana se mostraba abierta, humilde y flexible, y cuando existían redes autóctonas de liderazgo por “el otro lado” e individuos puentes para negociar la conexión. Por el contrario, los grupos de izquierda que pretendían dictar “las órdenes del partido” a un campesinado ignorante, tendían a fallar en el intento (Antonio

Álvarez Mamani, citado en Hylton & Thomson, 2007, p. 78). Es muy posible que los errores de la propia izquierda contribuyeran al Pacto Militar-Campesino, aunque falta evidencia más persuasiva para probar dicha hipótesis. Si el movimiento obrero y la izquierda hubieran actuado de manera diferente, ¿hubieran podido prevenir tal hecho? No hay manera de contestar afirmativa o negativamente estas preguntas. Es posible que se pudiera construir una fuerte alianza obrero-campesina, impidiendo así el giro derechista de la política nacional desde 1956 en adelante. Al menos podemos especular que el curso de ese Pacto –notorio por su alcance nacional, su intensidad y su duración– hubiera podido ser menos destructivo.



Imagen 4: Las dos caras de la medalla (1966, 2 de diciembre). *El Diario*, p. 2. Esta caricatura dramatiza los alineamientos políticos a mediados de los años 60.

Al mismo tiempo, y para evitar un análisis excesivamente voluntarista, hay que destacar la importancia de las estructuras materiales y las

acciones estatales. La adquisición de la tierra sí fue un factor importante en la conciencia del campesino después de 1953, pero no determinó esa conciencia de forma mecánica. Al nivel estatal, las decisiones y estrategias –frecuentemente formuladas como respuestas a la agitación popular– tuvieron un gran impacto en limitar las potencialidades de coalición entre los sectores mencionados. Por su parte, la FOL se benefició de la relativa libertad que existía en 1946, en parte debido a la política de Villarroel. Por el contrario, la respuesta brutal a los sucesos de 1947 ocasionó la desaparición virtual de la FOL y la FAD. Después de 1952, el ascenso al poder del MNR reemplazó el Estado oligárquico y excluyente con uno reformista y aparentemente abierto que prometía mejorar la vida campesina, cumpliendo con esa promesa en ciertos aspectos. En tal contexto, era difícil que la izquierda restara apoyo al MNR en el campo. Esta configuración de alianzas se intensificó con el PMC, cuando las FF.AA. sustituyeron al MNR bajo el lema de “restaurar” la revolución y garantizar los logros de ella en el campo, manteniendo cierta legitimidad hasta mediados de los 70. En este último momento, las presiones fiscales-monetarias y la estrategia de Banzer de depender más de la burguesía emergente (incluso la narcotraficante) lo llevaron a imponer una devaluación de la moneda y otras medidas económicas, así como a responder de manera brutal a las manifestaciones campesinas que catalizaron esas medidas. La Masacre de Tolata en 1974 y otros signos de traición estatal ocasionaron el abandono campesino del PMC, posibilitando de nuevo una alianza obrero-campesino-indígena en las formas del katarismo y la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), establecida a fines de la década con el apoyo de la COB.

Estas aproximaciones preliminares a una hipótesis requerirán de más elaboración y más estudio empírico en el futuro. Por ahora, lo claro es que la historia demuestra un grado significativo de contingencia, sujeta a las acciones y decisiones humanas, así como a las grandes fuerzas impersonales. Esto debe inspirar tanto la esperanza como la cautela.

Notas

1. Caracterización de la sociedad boliviana planteada por René Zavaleta Mercado en diversos trabajos. Véase Tapia (2002).
2. Véase, por ejemplo, “Se organizará proceso” (1947) y “Se circunscribe a dos zonas” (1947). Todos los periódicos aquí citados fueron consultados en el Archivo Hemerográfico, Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional, La Paz, con excepción de *Los Tiempos*, consultado en el Archivo Histórico de la Biblioteca Municipal Jesús Lara, Cochabamba, y *F.O.L.: Órgano de la Federación Obrera Local*, consultado en el Archivo Luis Cusicanqui, Tambo Colectivo Ch'ixi, La Paz (de aquí en adelante, ALC).
3. Véase, por ejemplo, la coalición rápidamente desechada entre liberales y las fuerzas indígenas en la Guerra Federal de 1899.
4. Como señala Hylton (2003), la rebelión fue una respuesta a toda clase de crímenes contra la población indígena, incluyendo no sólo las expropiaciones de tierras sino también el trabajo forzado, las violaciones de mujeres y la usurpación del control político comunitario.
5. Citado en Lora, 1970, p. 25; véase también Hylton, 2003.
6. “La voz del campesino: Nuestro reto a los grandes mistes del Estado” (1929), ALC. Véase también Rivera (1988).
7. Decreto del 27 de marzo de 1938, en Archivo de La Paz (de aquí en adelante, ALP), Sub Fondo Administración (Ministerio de la Presidencia), Serie Correspondencia Recibida-Enviada, Subserie Circulares, Oficios, Actas, Leyes, Decretos, Caja 198, Legajo 2.
8. Luis Lahore Monje a M. E. Atristaín O., 26 de mayo de 1947, en ALP, Sub Fondo Administración (Los Andes), Subserie Telegramas, Caja 80, Legajo 1.
9. FOL, Actas del día, 1 de mayo y 22 de diciembre de 1946, *Libro de actas*, en ALC; José Clavijo, entrevistado por Silvia Rivera y Zulema Lehm, La Paz, 4 de diciembre de 1985, transcrito en *Libro Cóndor*, en ALC; Rivera (1988).
10. Datos sobre los sindicatos provienen de Robert J. Alexander, resumen de entrevista con José Mendoza Vera, 30 de mayo de 1947, ALC. El número preciso de escuelas no queda claro (Comité de Defensa de la Federación Obrera Local, “La verdad del ‘robo’ y el ‘crimen’” [10 de junio de 1947], ALC; “¡Tierra y libertad!” 1948; Maldonado, 2015).
11. FAD, “Manifiesto de la Federación Agraria Departamental: ¡Inhumana masacre de campesinos en el Ichilo!” (7 de enero de 1948), ALC.
12. FOL, “Manifiesto de la Federación Obrera Local a la clase proletaria de general” (1º de mayo de 1938), ALC.
13. Cusicanqui, “La voz del campesino”. Para un análisis que enfatiza el paternalismo de otros grupos nacionalistas y de izquierda en la época posguerra, véase Soliz (2012).
14. Por ejemplo, el sindicato campesino en Collantaca (que también antecedió al Congreso Indígena de 1945); véase Nicolás Salinas H. y Mario Narváez A. al prefecto de La Paz (26 de abril de 1945), ALP, Sub Fondo Administración (Los Andes); Subserie Telegramas, Caja 81, Legajo 2.
15. “Manifiesto: La Federación Agraria Departamental de La Paz, adherida a la Federación Obrera Local, se dirige al campesinado y a los trabajadores en general” (4 de febrero de 1947), ALC.
16. Entrevista por Silvia Rivera y Zulema Lehm, La Paz, 6 de enero de 1986, transcrito en *Libro Cóndor*, en ALC.

17. Contexto favorable señalado por José Clavijo, entrevistado por Silvia Rivera y Zulema Lehm, La Paz, 4 de diciembre de 1985, transcrito en *Libro Cóndor*, ALC.
18. Para un análisis más profundo de la alianza FAD-FOL, véase Young (2016).
19. Con respecto a los congresos de 1942-1944, véase “El problema del indio” (1945); Antezana & Romero (1973).
20. Esta última interpretación proviene de Zavaleta y es desarrollada por Pruden (2014).
21. Esta línea de interpretación muchas veces se enfoca en el personaje del general René Barrientos, quien creció en Cochabamba y dominaba el quechua. Según implican muchos comentaristas, el carisma de Barrientos fue el factor clave en el PMC, cautivando a los campesinos ingenuos. El carisma sí es una fuerza política real, pero en sí no puede asegurar el control. Si el apoyo popular no se basa en algún sustento más profundo –sea material, histórico, cultural, etcétera–, no durará por mucho tiempo.
22. La decisión de reconstruir, y no abolir, el ejército fue motivada, en gran parte, por el temor al poder independiente de las milicias obreras y campesinas.
23. Por ejemplo, Hilarión Grágeda Castellón a Víctor Paz Estenssoro, 16 de noviembre de 1953, en Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia (ABNB), Presidencia de la República (PR), No. 0779, Caja 376, Tomo 2; José Ledezma Aneiva y Guillermo Caberos a René Barrientos Ortuño, 26 de junio de 1965, en Eulogio Becerra B. a René Barrientos Ortuño, 14 de julio de 1965, en ABNB, PR, No. 1099, Caja 492.

REFERENCIAS

Notas de prensa:

Ante el 1º de mayo: manifiesto de la F.A.D. (1948, 1º de mayo). *F.O.L.: Órgano de la Federación Obrera Local*, p. 4.

¿Bolivia y Perú se convertirán en repúblicas indias bajo la instigación comunista? (1949, 21 de junio). *Los Tiempos*, p. 5.

Gamonales bárbaros tratan de anular la política educacional del gobierno: Manifiesto de los maestros campesinos de la Escuela de Warisata (1939, 22 de octubre). *La Calle*, p. 5.

No pueden inmiscuirse en actividades campesinas los sindicatos obreros. (1943, 3 de febrero). *La Calle*, p. 4.

El problema del indio y los congresos (1945, 5 de abril). *Los Tiempos*, p. 8.

El sangriento atentado contra dos maestros de Warisata, cuando cumplían abnegadamente su deber (1939, 25 de octubre). *El Diario*, p. 6.

Se circunscribe a dos zonas la agitación indígena de la FOL (1947, 26 de junio). *La Razón*, p. 5.

Se ha inculcado en el indio odios artificiales contra el derecho de propiedad, desviándole de la agricultura (1940, 2 de febrero). *El Diario*, p. 6.

Se organizará proceso contra los agitadores de los campesinos (1947, 27 de mayo). *La Razón*, p. 4.

¡Tierra y libertad! (1948, 1º de mayo). *F.O.L.: Órgano de la Federación Obrera Local*, p. 4.

Libros, artículos y otras publicaciones:

ANTEZANA, L. H. (1983). “Sistema y proceso ideológicos en Bolivia (1935-1979)”. En Zavaleta

- Mercado, R. (Ed.), *Bolivia, hoy* (pp. 60-84). México: Siglo Veintiuno.
- ANTEZANA E., L., & ROMERO B., H. (1973). *Historia de los sindicatos campesinos: un proceso de integración nacional en Bolivia*. La Paz: Consejo Nacional de Reforma Agraria.
- ARZE AGUIRRE, R. D. (1987). *Guerra y conflictos sociales: El caso rural boliviano durante la campaña del Chaco*. La Paz: CERES.
- BECKER, M. (2008). *Indians and Leftists in the Making of Ecuador's Modern Indigenous Movements*. Durham, EE.UU.: Duke University Press.
- CALDERÓN, F., & DANDLER, J. (Eds.) (1984a). *Bolivia: la fuerza histórica del campesinado. Movimientos campesinos y etnicidad*. Cochabamba: UNRISD/CERES.
- CALDERÓN, F., & DANDLER, J. (1984b). "Movimientos campesinos y Estado en Bolivia". En Calderón, F., & Dandler, J. (Eds.), *Bolivia: la fuerza histórica del campesinado. Movimientos campesinos y etnicidad* (pp. 15-50). Cochabamba: UNRISD/CERES.
- CARR, B. (1998). "Identity, Class and Nation: Black Immigrant Workers, Cuban Communism and the Sugar Insurgency, 1925-1934". En *Hispanic American Historical Review*, 78(1), 83-116.
- COB (Central Obrera Boliviana) (1954). *Primer Congreso Nacional de Trabajadores: cartilla de orientación*. La Paz: Burillo.
- CORONEL, V. (2011). *A Revolution in Stages: Subaltern Politics, Nation-state Formation, and the Origins of Social Rights in Ecuador, 1834-1950* (tesis doctoral). New York University, New York, EE.UU.
- DANDLER H., J., & TORRICO A., J. (1987). "From the National Indigenous Congress to the Ayopaya Rebellion: Bolivia, 1945-1947". Trans. Fite, H., & Stern, S. J. En Stern, S. J. (Ed.), *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World, 18th to 20th Centuries* (pp. 334-378). Madison, EE.UU.: University of Wisconsin Press.
- DIBBITS, I., PEREDO BELTRÁN, E., & VOLGGER, R. (1986). *Polleras libertarias: Federación Obrera Femenina, 1927-1964*. La Paz: Tahipamu.
- FIELD, Jr., T. C. (2016). *Minas, balas y gringos: Bolivia y la Alianza para el Progreso en la era Kennedy*. La Paz: Vicepresidencia del Estado / Centro de Investigaciones Sociales.
- GORDILLO, J. M. (2000). *Campesinos revolucionarios en Bolivia: identidad, territorio y sexualidad en el Valle Alto de Cochabamba, 1952-1964*. La Paz: Plural.
- GOTKOWITZ, L. (2011). *La revolución antes de la Revolución: luchas indígenas por tierra y justicia en Bolivia, 1880-1952*. Trad. Calla, H. La Paz: Plural/PIEB.
- GOULD, J. L., & LAURIA-SANTIAGO, A. A. (2008). *To Rise in Darkness: Revolution, Repression, and Memory in El Salvador, 1920-1932*. Durham, EE.UU.: Duke University Press.
- GUHA, R. (1999). *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*. Durham, EE.UU.: Duke University Press, 1999.
- HARRIS, O., & ALBÓ, X. (1984). *Monteras y guardatojos: Campesinos y mineros en el norte de Potosí*. (Ed. rev.). La Paz: CIPCA.
- HYLTON, F. (2003). "Tierra común: caciques, artesanos e intelectuales radicales y la rebelión de Chayanta". En Hylton, F., Patzi, F., Serulnikov, S., & Thomson, S., *Ya es otro tiempo el presente: cuatro momentos de insurgencia indígena* (pp. 127-187). La Paz: Muela del Diablo.
- HYLTON, F., & THOMSON, S. (2007). *Revolutionary Horizons: Past and Present in Bolivian Politics*. London, Inglaterra: Verso.
- JOHN, S. S. (2009). *Bolivia's Radical Tradition: Permanent Revolution in the Andes*. Tucson, EE.UU.:

University of Arizona Press.

LORA, G. (1970). *Historia del movimiento obrero boliviano, 1923-1933*. La Paz: Los Amigos del Libro.

LORA, G. (1979). *Movimiento obrero contemporáneo*. La Paz: Masas.

LORA, G. (1983). “La clase obrera después de 1952”. En Zavaleta Mercado, R. (Ed.), *Bolivia, hoy* (pp. 169-218). México: Siglo Veintiuno.

MALDONADO ROCHA, M. A. (2015, julio). “Katari irrumpiendo la paz”: *La escuela de Quilluma, el sueño catastrófico de la Federación Agraria Departamental*. Ponencia presentada en el congreso de la Asociación de Estudios Bolivianos, Sucre.

MAYORGA, F. (1993). *Discurso y política en Bolivia*. La Paz: CERES/ILDIS.

PRUDEN, H. (2014). “Crisis orgánica del Estado oligárquico y revolución: de la posguerra del Chaco a las postrimerías de la Revolución Nacional”. En Viaña, J. (Coord.), *Configuración y horizontes del Estado plurinacional* (pp. 29-56). La Paz: Vicepresidencia del Estado / Centro de Investigaciones Sociales.

RIVERA CUSICANQUI, S. (1983). “Luchas campesinas contemporáneas en Bolivia: el movimiento ‘katarista’: 1970-1980”. En Zavaleta Mercado, R. (Ed.), *Bolivia, hoy* (pp. 129-168). México: Siglo Veintiuno.

RIVERA CUSICANQUI, S. (1988). “Breve historia del anarquismo en Bolivia”. En Lehm Ardaya, Z., & Rivera Cusicanqui, S. (Eds.), *Los artesanos libertarios y la ética del trabajo* (pp. 21-115). La Paz: THOA.

RIVERA CUSICANQUI, S. (2003). “Oprimidos pero no vencidos”: *Luchas del campesinado aymara y quechwa, 1900-1980*. (4a ed.). La Paz: Yachaywasi.

RODRÍGUEZ GARCÍA, H. (2012). *La choledad antiestatal: el anarcosindicalismo en el movimiento obrero boliviano (1912-1965)*. La Paz: Muela del Diablo.

SALAZAR MOSTAJO, C. (1983). *¡Warisata mía! y otros artículos polémicos*. La Paz: Juventud.

SILES ZUAZO, H. (1958). *Mensaje al Honorable Congreso Nacional*. Discurso pronunciado el 6 de agosto. La Paz: Editorial del Estado.

SOLIZ, C. (2012). “La modernidad esquiva: debates políticos e intelectuales sobre la reforma agraria en Bolivia (1935-1952)”. *Ciencia y Cultura* 29, 23-49.

SOTO, C. (1994). *Historia del Pacto Militar-Campesino: entre la subordinación y la reciprocidad*. Cochabamba: CERES.

TAPIA, L. (2002). *La producción del conocimiento local: historia y política en la obra de René Zavaleta*. La Paz: Muela del Diablo.

YOUNG, K. A. (2016). “The Making of an Interethnic Coalition: Urban and Rural Anarchists in La Paz, Bolivia, 1946-1947”. *Latin American and Caribbean Ethnic Studies*, 11(2), 163-188.

YOUNG, K. A. (2017). *Blood of the Earth: Resource Nationalism, Revolution and Empire in Bolivia*. Austin, EE.UU.: University of Texas Press.

ZAVALETA MERCADO, R. (1979). “Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia (1932-1971)”. En González Casanova, P. (Ed.), *América Latina: historia de medio siglo*, tomo 1 (pp. 74-128), (2a ed.). México: Siglo Veintiuno.

Recepción: 6 de octubre de 2016

Aprobación: 30 de enero de 2017

Publicación: Abril de 2017